

LOS MERCENARIOS ESPAÑOLES EN LA SEGUNDA GUERRA PUNICA

por ANTONIO GARCIA Y BELLIDO
Catedrático de la Universidad de Madrid

III*

DESDE LA GUERRA DE SICILIA HASTA LA BATALLA FINAL EN ZAMA
(214 AL 201 A. J. C.)

Los acontecimientos de Syrakussai. Moericus y Belligenus (214-212)

Dada la situación geográfica y política de Sicilia es comprensible que se viese metida, de grado o por fuerza, en las guerras que Roma sostenía contra Carthago. En Siracussa reinaba entonces el joven Hierónimos. Los partidos filocarthaginés y filorromano se disputaban sin escrúpulos su influencia sobre el inexperto monarca. En tal ocasión nos enteramos por Livius (XXIV 24, 7) que éste tenía por entonces a su servicio una cantidad, que no se precisa, de mercenarios africanos e hispanos (*Afrorum Hispanorumque auxiliares*), probablemente procedentes del ejército carthaginés que actuaba en Italia, de donde los llevaría Hannibal para apoyar a sus secuaces y, singularmente, al monarca, decidido partidario de los púnicos. Menudearon las revueltas sangrientas con varia fortuna para unos y otros. En una de ellas el joven príncipe fue asesinado con todos sus parientes cercanos y lejanos (214).

No sabemos más de estos mercenarios, pero hemos de suponerlos presentes allí donde, de un modo general, se les cita. (Cfr. Liv. XXIV 27, 29, 32 y XXV 29).

Entre tanto, transcurridos ya dos años desde Cannae, Roma, gracias sobre todo a la inactividad de Hannibal, se había recobrado.

* Véanse los dos números anteriores de esta Revista.

Más seguros de sí mismos los romanos, tomaron muy en consideración la política de Sicilia, en la que habrían de apoyarse para llevar la guerra a Africa, plan que estaban madurando. Enviaron, pues, a Sicilia una buena cantidad de fuerzas al mando del cónsul Claudius Marcellus quien, tras de Cannae, se había ganado con méritos relevantes de confianza de sus compatriotas, convirtiéndose en el verdadero dirigente de los asuntos relativos a la guerra de Italia. Marcellus puso sitio a Siracussa, tanto por tierra como por mar (213), con el ánimo de tomarla y usar de ella en favor de la causa de Roma.

No podía esperarse, dado el cariz que tomaban los asuntos, que los púnicos se mantuvieran mucho tiempo ajenos al conflicto en el que tan directamente estaban implicados. En efecto, al fin decidieron intervenir quizás contra su gusto, pues el momento no les era propicio. Enviaron a Siracussa un ejército al mando de Himilkon, que se plantó ante los sitiadores poniéndoles a su vez sitio. Pero de nuevo la plana del río, foco constante de malaria, jugó su tremendo papel del mismo modo que lo había jugado ya en los dos cercos sostenidos por los púnicos en tiempos de Dionysios el Viejo. La peste se cebó, sobre todo, en las huestes carthaginesas que tuvieron cantidad de víctimas. El ejército púnico, compuesto en su mayoría de indígenas sikeliotas, se deshizo por la dispersión de sus componentes, que se volvieron en masa a sus aldeas. Muchos de los jefes púnicos murieron y entre ellos el mismo Himilkon. Simultáneamente, la defensa de la ciudad dominada por los secuaces de Carthago se debilitó tanto, que cundiendo el desánimo se empezó a estudiar la posibilidad de la entrega al romano.

Había en el ejército púnico que defendía a Siracussa una gran cantidad de tráfugas del ejército romano sitiador de Siracussa. Como es lógico, estos desertores no podían esperar piedad alguna en el caso de que los romanos entraran en la ciudad como se pretendía. Por ello, eran los más tenaces partidarios de evitar toda negociación. No obstante, el estado de los sitiados era tan desesperado que hubieron de iniciar conversaciones para preparar una entrega aceptable. De ellas no resultó al pronto nada positivo, sino todo lo contrario, pues los desertores hicieron correr la especie de que los romanos tampoco respetarían las vidas de los mercenarios. Estos, en principio partidarios también de la rendición, dando crédito a los desertores, se volvieron de su acuerdo y todos juntos se alza-

ron en rebelión contra los siracusanos, matando a los magistrados de la ciudad y a los ciudadanos más notables.

Para no quedar sin jefes los estipendiarios nombraron seis gobernadores, tres para la Achradina, el sector costero de Siracussa, y otros tres para Nasos, es decir, la isla de Ortygía, núcleo primitivo de la ciudad. «Uno de los tres *praefecti* que mandaban en la Achradina era un español de nombre Moericus» (*erat e tribus Achradinae praefectis Hispanus, Moericus nomine*, Liv. XXV 30, 2).

Como pese a la enérgica y brutal réplica de los desertores y mercenarios la situación de la plaza sitiada era cada día peor, hubieron de iniciarse nuevas negociaciones tendentes, sobre todo, a aclarar la posición en que habrían de quedar los mercenarios, que ya empezaban a sospechar habían sido instrumento de los desertores.

Casualmente acababa de llegar a Siracussa, procedente de España, un enlace llamado Belligenus, que, como Moericus, era también español (Liv. XXV 30, 2 y XXVI 21, 13). Ambos celebraron una conversación privada, en la cual Belligenus expuso ante Moericus la grave situación de los púnicos en España (Liv. XXV 30, 2). Livio, único narrador de este episodio, pone en boca de Belligenus las razones con las que exhortó a Moericus a entregar la plaza. Con un acto meritorio como éste, díjole, podría alcanzar el primer puesto entre los suyos ya optara por seguir militando al lado de los romanos, ya prefiera regresar a su patria. Por el contrario —seguida arguyendo Belligenus—, si persistía en mantener el cerco, ¿qué esperanza que quedaba estando envuelto por tierra y mar? (Liv. XXV 30 3). Impresionado Moericus por estos razonamientos y por los informes relativos a la marcha de la guerra en España, hizo que en la comisión preparada para parlamentar con los romanos figurasen su propio hermano y Belligenus que, bien instruídos, buscaron un aparte con Marcellus. De esta conferencia secreta resultó la elaboración de un plan de entrega de la ciudad. La comisión regresó de nuevo a la Achradina (Liv. XXV 30, 4).

Moericus —prosigue Livio— para alejar cualquier sospecha por parte de los desertores fingió fastidio por todas estas idas y venidas y propuso el corte de las negociaciones y el refuerzo de las defensas, haciendo ver que para el mejor logro de esto último, convenía repartir los más importantes puestos entre los prefectos, recayendo la responsabilidad de su defensa sobre cada uno de ellos. La proposición fue aceptada por todos y «Moericus se hizo cargo del mando

sobre la zona comprendida entre la Fuente de Aréthusa hasta las bocas del Puerto Grande. De todo ello hizo Moericus que se enteraran los romanos» (Liv. XXV 30, 5-6).

La zona que se atribuyó a Moericus era la llave de la ciudad para el que pretendiera entrar en ella por el mar. Comprendía el barrio llamado Nasos, es decir, la isla Ortygía, asiento de la primitiva colonia griega, y la entrada de la bahía que cerraba al Norte la isla ya dicha, y al Sur el Plemmyrion con sus fortificaciones. La fuente de la Nimpha Aréthusa surge aún hoy en la orilla occidental de Ortygía.

Conforme con lo secretamente acordado, Marcellus preparó un desembarco junto a la fuente, lo que hizo felizmente al amanecer de la cuarta vigilia. Según lo convenido, Moericus guió a los romanos (Liv. XXV 30, 8), siendo ya fácil apoderarse de la isleta entera y atacar la Achradina por tierra desde el SE. ayudados, además, por Moericus y los suyos, ya abiertamente al servicio de los romanos (Liv. XXV 30, 12). En los discursos que tras estos acontecimientos pone Livio en labios de Marcellus, éste califica de ejemplar para los siracusanos la acción de Moericus «el jefe español que había entregado el sector que tenía a su mando» (Liv. XXV 31, 6). La ciudad fue dada al saqueo, salvándose sólo de él los tesoros reales y los domicilios de los siracusanos partidarios de Roma. Entonces murió Arquimedes, que fue asesinado en la playa mientras —según dijeron—, se dedicaba a sus cálculos matemáticos, ajeno al tumulto que le rodeaba (Liv. XXV 31, 8 ss.). Esto cae ya en el año 212.

La acción de Moericus no fue ciertamente brillante, aunque el romano la ponderara como ejemplar. Pero no cabe duda que obró razonablemente guiado por un claro sentido de la realidad. Los informes recibidos de Belligenus, su compatriota hispano, que acababa de venir de España, y la situación realmente desesperada de Siracusa, no aconsejaban, en verdad, una resistencia ciega y tenaz. El ejército cartaginés que vino en ayuda de los sitiados se había disuelto y sus jefes o habían muerto o habían huído. La ciudad de Siracusa ansiaba su entrega a los romanos. Sólo el temor a la suerte de los tránsfugas y desertores romanos, a los que, naturalmente, no amparaban las cláusulas de la rendición, podía justificar una resistencia a ultranza. Pero ello afectaba a tan pocos, que no era lícito el sacrificio inútil de los más.

Tanto Moericus (y su hermano) como Belligenus, eran hispanos de sangre céltica o celtibérica, juzgando al menos por sus nombres. Debían de proceder de alguno de los pueblos de la meseta norte (1).

Más adelante, Livio vuelve a darnos nuevas noticias de este curioso personaje español que tuvo por breve tiempo en sus manos el destino de aquella gran ciudad sikeliota, emporio de riqueza y cultura. A Marcellus le concedieron el derecho de triunfar de Sicilia. El general romano entró en Roma llevando delante de sí, como era habitual, un enorme botín de armas y obras de arte de todo género, siendo éste el primer caso registrado en la Historia romana —luego tantas veces repetido—, de celebrar los triunfos con la exhibición de obras de arte griegas. Livio, al describir la pompa triunfal de Marcellus, dice: «Llamaba la atención también un espectáculo no menos curioso: precedían a Marcellus, Sosis, el siracusano, y Moericus, el español, ornados ambos con sendas coronas áureas. De ellos, el primero había conducido de noche a los romanos para entrar en Siracusa; el otro habíales entregado Nasos y su guarnición» (XXVI 21, 9-10). Aparte este honor, recibieron también «el derecho de ciudadanía romana y quinientas yugadas de tierra» (ídem, XXVI 21, 11) (2).

A Sosis se le dió, además, una porción del territorio siracusano. Por su parte, «Moericus y los españoles que con él se pasaron, recibieron en Sicilia, ciudad y tierras de las confiscadas por derecho de conquista» (Liv. XXVI 21, 12) (3). Si los compañeros de Moericus no recibieron entonces la ciudadanía plena como parece, debieron de ser premiados probablemente con otra de grado inferior que los textos no especifican.

Cuál fuera aquella ciudad que colonizaron, lo dice Livio poco después: «Murgantia y su territorio fueron asignados a los espa-

(1) Los *belli* eran celtíberos (Pol. XXXV 2, 3: App. Iber. 44, 48, 50, 63, 68). Conocemos un nombre Pellius y un Bellius con sus derivados, como el cognomen Bellienus. Belliena y Belliana aparecen en textos del siglo XI todavía. El sufijo *-genus* es muy corriente, con el significado de «hijo de». Para Moericus podrían aducirse multitud de terminaciones en *-icus* en la antroponimia celto-hispana. En una lápida de La Puebla de Montalbán (Toledo), (*Eph. Epigr.* 9, 1903, 123, número 317), figura Moenicum en la provincia de Burgos (*CIL.* II 2865).

(2) En la historia de la romanización de los españoles, el caso de Moericus es el primero conocido en su género, pues la ciudadanía romana no se concedía —y menos en aquellos tiempos—, fácilmente.

(3) Es éste, también, el primer caso conocido de una colonización con elementos españoles.

ñoles en conformidad con las disposiciones de un *senatus-consultum* (...*Murgantiam Hispanis, quibus urbs agerque debebatur ex senatus-consulto, attribuit*. Liv. XXVI 21, 17). «En el mismo territorio —añade Livio— se concedieron cuatrocientas yugadas a Belligenus, que consiguió decidir a Moericus por los romanos» (*in eodem agro Belligeni, per quem inlectus ad transitionem Moericus erat, quadraginta iugera agri decreta* Liv. XXVI 21, 13). Del reparto de las tierras encargóse el praetor M. Cornelius Cethegus, debiendo hacerlo a discreción (Liv. XXVI 21, 13 y 17).

Poco después del desfile triunfal de Marcellus, los sicilianos enviaron una queja al Senado contra el general triunfador, diciendo que éste había preferido deber la toma de Siracussa al herrero Sosis y al español Moericus, antes que a los mismos siracusanos, estando toda la ciudad de parte de los romanos (Liv. XXVI 30, 6). Marcellus se defendió de esta acusación diciendo que si había preferido a Sosis y Moericus (Liv. XXVI 31, 4), fue por que sólo éstos se habían prestado a entregarle la ciudad y no los siracusanos. «Unicamente —añadió— tenéis odio y execración para los que lo hicieron, y aquí mismo no podéis ahorrarles vuestros ultrajes» (Liv. XXVI 31, 5). Así terminó este curioso episodio.

Un texto algo oscuro, y por ello mal interpretado, se aclara ahora en el sentido de que también Strabon tuvo noticia de estos hispanos de Murgantia, a los que él llama al modo griego Ἰβήρες (iberos). Strabon enumera los pueblos principales de Sicilia y cita a los sikeloi, sikanoí, mórgates y otros «entre los cuales había también iberos»: ὧν ἦσαν καὶ Ἰβήρες (Str. VI 2, 4). Esta breve mención, que proviene de la existencia real en su tiempo de los descendientes de aquellos iberos de Siracusa, evoca en el geógrafo griego un texto de Éphoros, historiador sikeliota del siglo iv, que dijo que los iberos fueron los primeros que —según se decía— se establecieron en la isla. Y a continuación habla Strabon de Murgantia dando la noticia, que en otro lugar comentamos, relativa a la extinción de la ciudad (4).

¿Qué sabemos de Murgantia? Murgantia, la ciudad entregada con su ager, a los mercenarios hispanos de Siracussa, ha sido hasta ahora un problema de ubicación confuso (5). Hoy, sin embargo,

(4) La noticia de Ephoros, se halla antes en Hallánikos de Lesbos (en Dionys. Hal. Ant. 1, 22), Tucídides (VI 2), Philistos (en Diód. V 6, 1).

(5) Y ello por más de unas razones, pero principalmente por cierto pasaje de Livio (XXIV 27, 5) en el que alude a una flota romana fondeada frente a

gracias a los hallazgos de Serra Orlando y precisamente a la aparición en ellos del numeroso lote de monedas con HISPANORVM, la solución, no aproximada, sino definitiva, parece recaer en Serra Orlando, cerca de Aidone, en el centro de Sicilia.

Murgantia es ciudad que figura en los textos con alguna insistencia. Parece ser que tuvo su momento álgido, su akmé, en los siglos v y iv a. de J. C. En todo caso Diódoros, que tenía motivos para conocer la ciudad y su historia, dice de ella, narrando acontecimientos de mediados del siglo v a. J. C. que era ἀξιολογος πόλις (Diódoros, XI 78, 5). Durante la Segunda Guerra Púnica, y justamente poco antes del episodio que ahora nos entretiene, Murgantia vuelve a aparecer en un hecho que de modo indirecto va a estar en íntima relación con el que narramos. Sicilia había sido incorporada a los dominios de Roma tras la Primera Guerra Púnica (264-241). Su posesión la hacía efectiva por medio de guarniciones distribuidas en distintas ciudades de la isla. La presión política y militar que Cartago ejercía entonces sobre Siracusa hizo que Roma extremara su vigilancia y a excederse en sus represiones, lo que, a su vez, dio lugar a que el odio contra su dominio creciera hasta la exasperación. Murgantia, sobre tener una de estas odiadas guarniciones romanas, tenía también grandes depósitos de víveres. Los murgantinos en 214 mataron a la guarnición romana y se pasaron a los púnicos, cuyo general Himilkón había acudido a Siracusa con el propósito —ya lo vimos— de hacer levantar el sitio que le tenía puesto Marcellus (Liv. XXIV 36). Nada nos dicen las fuentes de lo que pasó

Murgantia, de lo que no cabe más que deducir que Murgantia era una ciudad marítima. Pero ello está en contradicción irreductible con los demás testimonios escritos, que la sitúan tierra adentro, unos explícitamente, otros indirectamente. Diódoros, que era sikeliota, y que había nacido en Agyrion, cerca de donde hoy sabemos estuvo Murgantia, coloca a esta última entre otras ciudades del interior τῶν ἐν τῇ μεσοτείῳ πόλεων. Diód. XI 78, 5). En otro momento, el mismo historiador sitúa la de nuevo ἐν τῇ μεσοτείῳ (Diód. XIX 6, 2 s.).

Sin embargo, de estas flagrantes contradicciones, y previa la exclusión sin paliativos de otra Murgantia del Samnium, los demás testimonios antiguos han dado los suficientes datos para suponer con visos de acierto que la Murgantia que nos ocupa debía buscarse al sur de la actual Agira (antigua Agyrion), hacia el macizo del Monte Júdica, lugar este último donde suele figurar en los mapas históricos modernos. En todo caso había que pensar que la Murgantia marítima de Livio XXIV 27, 5 era otra ciudad homónima que habría que suponer al sur de Catania, donde se han conservado topónimos como Murgo o Murgá, ello si no se prefiere suponer un lapsus de Livio.

luego con los murgantinos, cuando Marcellus entró en Siracusa y Roma volvió a hacerse dueña de toda Sicilia. Pero es fácil adivinarlo: probablemente fueron exterminados, pues poco después tanto la ciudad como el campo de los murgantinos (*urbs agerque*) se transfería a los estipendiarios hispanos de Moericus y de Belligenus (Liv. XXVII 21, 12 y 17). Esto debió de ocurrir probablemente ya en el 211.

No parece que Murgantia, habitada ahora por gentes absolutamente ajenas a su medio étnico, viviese mucho tiempo. Sabemos hoy gracias a las recientes excavaciones de las que hablaremos luego, que los hispani allí asentados acuñaron moneda propia con leyenda HISPANORVM; pero tanto el cese de estas acuñaciones, como los hallazgos arqueológicos, nos denuncian que la ciudad, a fines del siglo I a. de J. C., había dejado de ser tal ciudad. Ello coincide con la referencia de Strabon, que escribía en tiempos de Augusto. Pues bien, Strabon dice (VI 2, 4) que, entonces, Mungantia ya no existía: πόλις δ'ἤν αὐτῆ, νῦν δ'οὐκ ἔστιν.

Las razones que motivaron tal extinción no las conocemos. Tal vez sea lícito atribuirle al proceso de desurbanización y descentralización que padeció Sicilia en tiempos ya imperiales. Pero esta explicación no satisface por completo. Acaso haya que pensar más bien en hechos graves por nosotros ignorados. Porque hay que admitir a la vista de las menciones textuales posteriores que, al menos la comarca, y con ella sus moradores, conservaron el nombre, pues a ellos hay que aplicar las referencias de Columella (III 2) y Plinio (III 7, 91). Este nombra a los murbantinos entre los stipendiarii, es decir, entre los peregrinos de más baja categoría, aplicada sólo a aquellos que habían ofrecido resistencia dura a la autoridad de Roma. Pero es difícil pensar que este castigo haya sido impuesto a los descendientes de los colonos españoles. Tal vez Plinio se refiera a los posibles descendientes de aquellos indígenas murgantinos desposeídos de ciudad y tierras en 212. Las futuras excavaciones darán acaso solución a éste como a tantos otros problemas que no se explican bien, dado el estado actual de nuestros conocimientos.

Las exploraciones arqueológicas han confirmado plenamente el contenido de los textos antes glosados. En 1957 se dieron a conocer los resultados provisionales obtenidos en las excavaciones emprendidas en Serra Orlando, lugar sito en la región donde

—como dijimos—, había de buscarse Murgantia. Entre el numeroso lote de monedas descubiertas en las primeras campañas figuran ciento noventa y ocho con el sorprendente epigrafe: HISPANO-RVM (6). Salta a la vista la íntima relación habida entre las referencias de Livio y estos hallazgos que, a su vez, vinieron a aclarar otro misterio: el de las mismas monedas. Porque hay que advertir al punto, que monedas idénticas eran ya conocidas desde antiguo, sin que se supiese virtualmente nada claro de ellas, huérfanas como estaban de toda documentación precisa. Hoy día, gracias a los hallazgos citados, puede ya decirse que han de situarse entre la segunda mitad del siglo II a. de J. C. y la segunda mitad del siglo I a. de J. C. Es decir, que fueron acuñadas a lo largo de tan solo un siglo. Ello explica su relativa escasez.

Ahora bien, ¿cómo explicarse este lapsus de tiempo entre la fecha de establecimiento de los hispani en Murgantia (211) y el comienzo de sus acuñaciones? Hay que suponer que hubo de pasar forzosamente un tiempo relativamente largo entre el establecimiento de los colonos hispanos y la necesidad de acuñar numerario, necesidad que no hubo de sentirse, sino después de que estos colonos y sus descendientes se organizaran tanto política como económicamente. La acuñación de un numerario propio significaba para ellos una distinción política de los demás habitantes (romanos y latinos) que, probablemente disfrutarían de un status jurídico diferente (7). A este respecto cabe añadir que si bien sabemos que Moericus fue honrado con la ciudadanía romana (Liv. XXVI 21, 11), y que a Belligenus se le concedieron 400 yugadas de tierra (Liv. XXVI 21, 13), de los demás no sabemos nada más, sino que se les dieron las tierras y la ciudad de Murgantia (Liv. XXVI 21, 12 y 17), sin que se diga una palabra acerca de su *status* jurídico. En todo caso, parece deducirse que Murgantia y su territorio se les dio íntegro a los hispani a título de *ager publicus* que era. Es decir, que fueron en calidad de colonos.

Una cuestión surge de los hechos expuestos. Los estipendiarios asentados en Murgantia eran, según Livio, hispani. Pero Livio no distingue sus regiones. Erim los cree celtíberos, y, en efecto, como ya vimos, los nombres de Belligenus y Moreicus parecen apuntar

(6) R. STILLWELL, E. SJÖQUIST y otros: Scavations at Serra Orlando. Preliminary Report, *AJA*, 61, 1957, 151 ss.; KENAN ERIN: Morgantina, *AJA*, 62, 1958, 79 ss.; A. GARCÍA Y BELLIDO: (Moericus y Belligenus y los mercenarios españoles en Siracusa), *BRAH*, 150, 1962, 7 ss.

(7) ERIN, loc. cit.

hacia el centro de la Meseta. En todo caso, eran de estirpe céltica, no iberá. Pero nada sabemos de los demás hispani asentados en Murgantia, entre los que hemos de suponer otros oriundos de diversas regiones peninsulares. Es decir, que unos hablarían dialectos célticos y otros ibéricos. Si añadimos que los colonos de Murgantia estaban en un ambiente indígena sículo, y que la lengua culta de toda la isla era el griego, nada de extraño tiene que estas gentes, ante tal diversidad de idiomas, eligieran como lengua de tráfico la única que entonces era común para todos, el latín, la lengua del pueblo dueño de toda la isla. Ello explicaría también que sus acuñaciones lleven el epígrafe HISPANORVM, en el que hay que suplir el nombre de la ciudad (*Murgantia*) *Hispanorum*, paralelo exacto de otro caso similar también siciliano, y casi coetáneo, el de MAMEPTINON, que ha de estar por (Μεσάνα) μαμερτινων. (8).

Encuentros en Apulia (208)

Con motivo de un encuentro habido entre las tropas de Marcellus y las de Hannibal en la Apulia, en una acción que se sitúa en el año 208, son citados los españoles por el historiador latino con una corta frase que resume brevemente, pero con gran precisión, el papel que estas tropas mercenarias españolas jugaron siempre en los ejércitos carthagineses. Livio cuenta cómo dispuso Hannibal en aquella coyuntura sus tropas, y dice esto: «Hannibal colocó al frente los españoles que constituían la fuerza principal de todo su ejército» (*Ab Hannibale Hispani priman obtinebant frontem, et id roboris in omni exercitu erat* Liv. XXVII 14, 5). Por lo demás, la acción fue desfavorable para los carthagineses.

(8) Es interesante hacer constar como prueba indirecta de que, efectivamente, Serra Orlando es el asiento de Murgantia, el hecho de que las únicas procedencias conocidas del numeroso lote de bronce con HISPANORVM hallados antes de las excavaciones, apuntan precisamente a Serra Orlando. De los 22 ejemplares que posee el Museo de Siracusa, diez tienen declarada su oriundez y ésta es Aidone y Serra Orlando. Aidone está cerca de Serra Orlando y puede ser muy bien el lugar donde se adquirieron las monedas. De los 26 ejemplares del Museo de Palermo, sólo uno ha conservado su procedencia y ésta es de nuevo Aidone. El Museo de Siracusa posee 15 ejemplares en plata y bronce de la ceca de Murgantia; pues bien, de ellos dos están registrados como provenientes de Serra Orlando. Si consideramos la extensión de Sicilia y el número de los lugares donde podían haber sido halladas tales monedas, no deja de extrañar la coincidencia.

Refuerzos hispanos para Hannibal. Hasdrúbal sale con ellos de España para Italia (207)

La excesiva duración de la guerra y el desgaste de su ejército iba indudablemente debilitando a Hannibal, que ya había conocido más de una vez la amargura del fracaso y la derrota. Es natural que el general cartaginés pidiese el envío de nuevos contingentes para reponer sus pérdidas. Ya vimos cómo después de Cannae acordó el Senado cartaginés enviar a Italia por el pronto 4.000 numidas y 40 elefantes, y comisionar a Mágón para que en España reclutase 24.000 hombres parte de los cuales irían a Italia. No sabemos si aquella leva se logró y si llegó o no a Italia. Es de suponer que sí, pues acabamos de ver que en el año 208 los iberos constituían la parte más importante del ejército hannibálico en Italia.

Los textos nos dicen que en el mismo año se había preparado en España un poderoso ejército que, al mando de Hasdrúbal, estaba dispuesto para ir a Italia. Este ejército tuvo que sufrir antes un grave contratiempo, que mermó en mucho su fuerza. En la batalla de Baecula, cerca de la actual Bailén, al N. de la Provincia de Jaén, Scipio, que el año antes había tomado Carthago Nova, salió al encuentro de Hasdrúbal. La victoria se puso de lado de los romanos una vez más y en el campo de batalla quedaron, según Livio, unos 8.000 muertos de Hasdrúbal. A esta considerable pérdida hay que sumar los 10.000 prisioneros infantes y los 2.000 de a caballo. Casi todos (pues había también africanos), eran españoles (Pol. X 38 siguientes: Liv. XXVII 18, s.; App. *Iber.* 24.). El hermano de Hannibal pudo salvar, empero, y en orden, el resto del ejército, sus tesoros y los elefantes, con todo lo cual se internó en el centro de la Península. La batalla de Baecula se tiene por tanto más como un éxito táctico que como una victoria estratégica. Scipio hubo de retirarse a Tarraco (Tarragona).

A pocos días de Baecula hubo una conferencia entre los tres principales jefes cartagineses en la Península: Hasdrúbal Barca, hermano de Hannibal, el otro Hasdrúbal, hijo de Gískon, y Mágón. Acordaron que el primero continuase para Italia, en parte porque los estipendiarios españoles, ya muy desmoralizados, podían pasarse fácilmente a los romanos, como lo habían hecho en buen número en

tonces, y en parte, también, por que, reforzado Hannibal con nuevos contingentes de tropa, la causa carthaginesa en Italia podía aún enderezarse hasta llevar a la victoria. Ya Hasdrúbal Barca había hecho una leva en lo más remoto de a Cetibería (App. *Iber.* 24) y Mágón fue enviado con nuevos recursos para que alistase gente allí donde la encontrara (Idem *ibidem*). Livio precisa más el papel de este último diciendo que entregó su ejército a Hasdrúbal Gískon, y él se partió para las Baleares «provisto de una fuerte suma de dinero con el fin de alquilar auxiliares mercenarios» (Liv. XXVII 20, 7). En cuanto a Hasdrúbal Gískon, al mando de su ejército y el de Mágón, se iría al interior de Lusitania, aún sometida a los carthagineses (Liv. XXVII 20, 8).

Hasdrúbal Barca, pues, tomó el camino de las Gallias, pero noticioso de que Scipio había puesto ya destacamentos que guardaran los pasos de los Pirineos orientales, se adentró por el interior de la Península y, con los celtíberos reclutados, penetró en las Gallias por los pasos occidentales (*παρά τὸν Βόρειον ὠκεανὸν τὴν Πυρρήνην ἐς Γαλάτας ὑπερέβαινε* App. *Iber.* 28), yendo a salir por la Aquitania. Así, al menos, lo dice Appianós, fuente única para este punto concreto, por el que vemos que los carthagineses se adentraron entonces por los lugares más recónditos de la Península, no conocidos hasta mucho después por los romanos.

Hemos esbozado brevemente lo acaecido en España con el ejército preparado para entrar de nuevo en Italia por el N., repitiendo la hazaña de Hannibal en el 218. Veamos ahora más de cerca la marcha del ejército de Hasdrúbal Barca fuera de la Península hispana hasta su aniquilamiento en la batalla de Metauro.

La llegada de Hasdrúbal a Italia, donde ya se sabía su paso por las Gallias, inspiró la natural inquietud en los romanos. Ciertos legados de Massalía habían anunciado su entrada en ellas, donde fue bien recibido porque se corrió la voz de que llevaba gran cantidad de oro para pagar nuevos auxiliares mercenarios. Los emisarios enviados a su vez por los romanos para informarse directamente, anunciaron que el general púnico había logrado, en efecto, reunir un numeroso ejército, y que atravesaría los Alpes tan pronto apuntara la primavera (Liv. XXVII 36, 1-4).

Batalla del Metauro (207)

Al entrar Hasdrúbal en las Gallias, su ejército estaba formado, probablemente, con sólo elementos ibéricos. Tal vez hubiera resto de aquellos africanos mencionados como prisioneros tras la batalla de Baecula. Más tarde, el hermano de Hanníbal, iría engrosando sus efectivos en el sur de Francia, Liguria y la Galia Cisalpina. Sabemos que se le unieron unos 8.000 ligures y un gran cantidad, no fijada, de galos (Liv. XXVII 39, 2). Appianós (*Hann.* 52), dice que Hasdrúbal atravesó los Alpes en dos meses y entró en Umbría (no en Etruria como dice erróneamente, al parecer) con 48.000 hombres de a pie, 8.000 jinetes y 15 elefantes.

La hazaña de Hannibal fue esta vez superada en rapidez, tanto que el mismo Hannibal que esperaba impaciente en Italia, quedó sorprendido de la noticia. A este propósito explica Livio acertadamente que Hasdrúbal se había abierto camino por aquellas cimas, antes impracticables, porque doce años de constantes comunicaciones (...*etiam duodecim annorum adsuetudine...* Liv. XXVII 39, 7) había acabado por dar confianza a las tribus por las que solían pasar, ya convencidas que lo que Hannibal quería era sólo la victoria sobre los romanos. El texto es interesante, además, porque alude a continuas comunicaciones tras del paso de Hannibal en el 218, comunicaciones de las cuales no tenemos noticias, al menos en lo referente al trasiego de ejércitos numerosos. Es posible que hubiese habido varias expediciones de menor cuantía que los textos no han registrado. La presencia de Belligenus en Sicilia tal vez se lograra por los Alpes, aunque era en este caso más directa y segura por el norte de Africa.

Hasdrúbal y Hannibal estaban en contacto. Pero el mensaje definitivo, el que citaba a los dos ejércitos y preparaba el encuentro, fue interceptado. El cónsul Nero supo aprovecharse hábilmente de esta feliz circunstancia para caer de improviso sobre el confiado Hasdrúbal.

El general carthaginés, lleno de incertidumbre al no tener noticias de su hermano Hannibal ni de los correos enviados, rehuía el encuentro con el segundo cónsul, Nero, que le acechaba de cerca. Las fuentes principales, Polybios y Livio, narran brevemente la ba-

talla. Hasdrúbal aprovechó una noche para llevar a sus tropas a buen recaudo, ordenando el paso del Metauro, río umbro que, tras corto curso, va a dar en el Adriático entre Rimini y Ancona. Pero abandonado por los dos guías que llevaba, se vio metido de noche en un terreno pantanoso cercano al río, cuyos numerosos meandros dificultaban aún más la ya penosa marcha. Así llegó el amanecer sin haber hallado un lugar donde acampar a buen resguardo. Con todo ello el ejército se había desmoralizado y dispersado, siendo no pocos los que aprovecharon la ocasión para desertar. Con las primeras luces vio que la caballería de Nero le seguía los pasos muy de cerca, que detrás venían las tropas ligeras al mando de Porcius Licinius y que, a continuación, seguía el grueso del ejército romano. A última hora vio un cerro escarpado donde refugiarse, pero no le dio tiempo el enemigo que, echándose sobre sus huestes, le forzó a aceptar batalla.

Hasdrúbal distribuyó sus fuerzas así: puso en el centro a los ligures, precedidos de los diez elefantes que le quedaban; en el ala izquierda a los galos, ya medio borrachos, y en la derecha a sus fieles y recios iberos. Hasdrúbal no confiaba en los galos, pero pensaba sacar provecho del terror que solían infundir en los romanos. En cambio tenía puestas sus mayores esperanzas en los veteranos iberos, a cuyo mando directo se puso formando con ellos en el ala derecha (*ipse dextrum cornu... sibi atque Hispanis —et ibi maxime in vetere milite spem habebat— sumpsit* Liv. XXVII 48, 6).

El choque primero se produjo entre el ala derecha de Hasdrúbal, compuesta como acabamos de decir de hispanos, y el ala izquierda romana mandada por M. Livius (Liv. *ibidem* 8). Entre uno y otro se entabló una lucha tremenda, haciéndose horribles matanzas por una y otra parte. «Allí se encontraban los dos generales y la mayor parte de la infantería y la caballería romana; allí estaban los veteranos españoles que conocían la táctica romana, y los ligures, pueblo duro para las armas» (Liv. XXVII 48, 9-10). La acción comenzó favorablemente para los cartagineses, gracias a los elefantes, pero una hábil maniobra de los romanos hizo cambiar el desarrollo del encuentro y con él el de toda la batalla. Claudius hizo que su caballería se corriese, sin ser advertida por los cartagineses, hacia el ala derecha púnica y la echó sobre la retaguardia de los españoles. «Envueltos casi por todas partes, de frente, de flanco y por la espalda, los españoles y los ligures quedaron destrozados, corriéndose

la matanza hasta los galos, cuya resistencia fue muy débil» (Liv. XXVII 48, 15-16). El ejército de Hasdrúbal fue aquinilado y el general buscó honrosa muerte lanzándose con su caballo en medio de las líneas enemigas. Cannae había sido vengada y, justamente, gracias a una maniobra que repitió la de Hannibal. Si en Cannae les cupo a los españoles parte muy importante de la victoria, aquí pagaron con su sangre también el precio de la derrota. Pero en uno y otro caso luchando con su coraje habitual, como lo reconocían los mismos historiadores enemigos. La cabeza de Hasdrúbal fue lanzada como testimonio de victoria al campamento de su hermano Hannibal.

Polybios dice que de los españoles la mayor parte quedó sobre el campo de batalla (Pol. XI 1, 11). De los galos los que no murieron en el combate fueron degollados ebrios. Murieron, en junto, unos 10.000 hombres, contando los galos, y de los romanos unos 2.000. Se hicieron muchos prisioneros, de cuya venta ingresó en el erario romano más de trescientos talentos (unos dos millones de pesetas oro). Los principales cartagineses fueron retenidos como prisioneros. Los demás pasados a cuchillo (Pol. XI 3, 1 ss.)

Es probable que en la batalla del Metauro lucharan del lado de los romanos un numeroso cuerpo de tropa española que Scipio había enviado a Italia para reforzar el ejército que se preparaba contra Hasdrúbal. El refuerzo sumaba en junto 11.800 hombres, de los cuales 8.000 eran infantes españoles y galos, 2.000 legionarios romanos y 1.800 jinetes númidas y españoles, a todos los cuales llevó por mar M. Lucretius (Liv. XXVII 38, 11) (9).

Hay un hecho que puede colacionarse con los referidos como ya lo hice en otra ocasión (BRAH 106, 1935, 340 s.). Me refiero a la pátera argétea con leyenda en alfabeto ibérico que fue hallada en una tumba de las cercanías de Urbino (Lenormant, *RevArch*, 44, 1882, 31, reconoció las letras como ibéricas, de donde Hübner, *Mon Ling. Iber*, Berlín 1896, XLII). La cercanía de Urbino al Metauro y el lugar del hallazgo, enclavado en la zona donde se riñó la batalla, hace muy verosímil la suposición de que la pátera haya

(9) Algunos, apoyándose en la vaga referencia del mismo Livio sobre el origen de esta noticia, la creen falsa o dudosa por proceder probablemente de los analistas. Pero esta suspicada es excesiva. Yo creo perfectamente posible que Scipio, al conocer la expedición de Hasdrúbal, procurarse ayudar a su Patria enviándole refuerzos máxime cuando las cosas iban tan bien para él en España

pertenecido a cualquiera de los jefes iberos que formaron parte del ejército de Hasdrúbal o, quizás, del romano.

Últimas levás cartaginesas en España

Ante la magna trascendencia de los acontecimientos que se avecinaban, era natural que los cartagineses se preocuparan ante todo de acrecer sus fuerzas, sacando nuevos recursos en hombres allí donde los hubiera. Carthago buscó aliados y mercenarios en todo el Norte de Africa, sacólos de Liguria, del Bruttium, que aún dominaba, y como era de esperar también de la Península ibérica y de las Baleares. Estos dos territorios acababan de perderse pero, aunque en ellos estaban los romanos, éstos no dominaban directamente más que la costa levantina y el Mediodía. En cuanto a las Baleares, faltaba todavía casi un siglo para que los romanos pusiesen pie en ellas.

Tras de la caída de Gades en el año 206, Mágón se hizo a la mar con su escuadra y se dirigió a Ibiza poblada por gente de estirpe cartaginesa. Fue bien recibido; «se le suministraron vituallas en abundancia y se le proveyó de armas y reclutas jóvenes» (Liv. XXVIII 37, 4: *nec commeatus modo benigne praebiti, sed in supplementum classis inventus armaque data*). Livio no dice qué cantidad de hombres pudo sacar, pero sin duda serían pocos. A continuación —sigue contando Livio— Mágón navegó a Mallorca, siendo rechazado por los naturales a tiros de honda. Por último, aportó en Menorca, probablemente en Mahón (que recuerda en su nombre el hecho). Los isleños lo recibieron mal, pero aún pudo dominarlos estableciéndose allí para invernar. La excelente cala de Mahón ofrecía buen resguardo a sus navíos. «Allí —termina Livio— reclutó dos mil auxiliares y los envió a Carthago» (*duobus milibus auxiliarium in conscriptis missisque Carthaginem*) (Liv. XXVIII 37, 9).

A la Península se enviaron también agentes reclutadores (*conquisitores*), bien provistos de dinero, que desembarcando clandestinamente en la costa dominada por los romanos, se internaban después por Celtiberia. Otros desembarcarían abiertamente, y sin rebozo, en las playas atlánticas lusitanas, no dominadas aún por Roma. Los frutos de estas gestiones, es decir, los soldados estipendiarios, saldrían en barcos púnicos enviados a puntos determinados de estas costas atlánticas. Desde ellos, costeano la Mauretania, era fácil

llegar a Carthago burlando la vigilancia romana. No tenemos noticia alguna de que los romanos hubiesen apresado nunca un navío cartaginés con mercenarios. De la presencia de estos conquistadores en España tenemos casualmente un testimonio muy curioso que hemos de agradecer a Livio. Nos cuenta éste cómo los saguntinos pudieron sorprender en el año 203 una comisión que había desembarcado en la costa llevando nada menos que 250 libras de oro y ochocientas de plata. Pero cedamos la palabra al propio Livio el cual, después de decirnos que los saguntinos apresaron a estos agentes y se los llevaron prisioneros a Roma, junto con su tesoro, añade: «Depositaron en el vestíbulo de la Curia dóscientas cincuenta libras de oro y ochocientas de plata. Los romanos se hicieron cargo de los prisioneros, los condujeron a prisión y devolvieron el oro y la plata; el Senado dio las gracias a los legados [saguntinos], les hizo unos presentes y proporcionóles las naves para su retorno a España» (Liv. XXXI 21, 3-5).

Este o parecido origen hay que atribuir a los 4.000 celtíberos con que inesperadamente se encontraron los cartagineses en Abba las vísperas de la batalla de las Grandes Llanuras, en la primavera del año 203, de la que ya tratamos en el párrafo anterior.

Batalla de los «Megala Pedía» (203)

Desde el 207 los testimonios escritos conocidos no registran nada que haga referencia concreta a la actuación de los estipendiarios iberos y baleares en los ejércitos púnicos. Entre aquella fecha y la primera mención que nos sale al paso, la del año 203, la guerra había tomado un rumbo de decididamente adverso a los púnicos. Los cartagineses habían perdido España por entero y la contienda se había trasladado a Africa. Hannibal, empero, aún se sostenía en Italia, pero malamente. La situación había cambiado, pues, de un modo radical. Ahora van a ser las tropas victoriosas de los romanos las que iban a poner en grave aprieto las púnicas en su propia patria. Se van a librar las grandes batallas no ya en Italia, como antes, sino en el Norte de Africa, en torno a Carthago. Es aquí donde hemos de volver a encontrarnos con los españoles.

En España la guerra había terminado ya unos años antes. En 209 había caído Carthago Nova en manos de Scipio. En el 206 acaece

la victoria de Ilipa, cerca de Sevilla, victoria que trajo consigo como inmediata secuela la pérdida de Gades y con ella la expulsión definitiva de los cartagineses de la Península. Poco después se perdió también la base cartaginesa de Menorca.

Libres las manos de Scipio en España, y con un ejército intacto y avezado a su libre disposición, decide iniciar el bien estudiado plan de desembarco en Africa. Conviene recordar que como precursoros tuvo a dos magníficos generales: Agathoklés, en el 309, y Regulus, en el 256. Pero ambos fracasaron después de deslumbrantes victorias. Scipio, en la primavera del año 204, zarpó de la antigua base naval cartaginesa en Sicilia, Lilybaion, sita en la costa extrema del Oeste, y con una poderosa escuadra desembarcó, después de algunos incidentes, en la costa Norte de Carthago, junto a Utica. Su primer acto de importancia fue iniciar el sitio de la ciudad que tan cerca tenía. Pero la llegada oportuna del nómida Syphax con densos contingentes le obligó a levantar el sitio y buscar amparo en un promontorio (al que se conoce como Castra Cornelia), sito entre Utica y Carthago. Allí se prepararon a invernar, recibiendo sus vituallas directamente por mar.

Llegada la primera (año 203), Scipio fingió acceder de grado a unas conversaciones con sus enemigos, y ello con el secreto fin de distraer la atención de los cartagineses y observar su disposición. Logrado el propósito irrumpió de noche en los campamentos enemigos incendiándolos y dispersando sus fuerzas. La acción —muy digna de la astucia hannibálica— causó grandes daños en los cartagineses y sus aliados los nómidas.

Los púnicos se rehicieron pronto gracias, entre otras razones, a su encuentro cerca de Carthago, en Abba, con un cuerpo de más de 4.000 celtíberos reclutados en España por los cartagineses. Este socorro tan oportuno —añade Polybios— «les hizo recobrar en parte su valor y contuvo a Syphax y sus nómidas dispuestos ya a retirarse a sus casas» (Pol. XIV 7, 5. Liv. dice lo mismo en XXX 7, 10). Estos celtíberos debieron ser sin duda reclutados por aquellos agentes (conquistadores, es la palabra empleada por Livio en este caso), que entraron en España cuando los saguntinos sorprendieron a aquellos otros de los que habla Livio en el párrafo que glosaremos líneas después. Parece ser que pronto se hizo correr la voz por los campamentos púnicos de que eran 10.000 hombres, especie puesta a rodar con fines fáciles de comprender, es decir, para animar a las de-

rrotadas fuerzas. Se decía «que todos iban animados de tal espíritu combativo y armados de tales armas, que eran irresistibles» (Pol. XIV 7, 7). Estos refuerzos hubieron de ser embarcados no en la costa levantina ni en el mediodía de España, regiones muy vigiladas por los romanos de las que eran dueños, sino en las costas atlánticas de Lusitania, lejanas a los territorios dominados por ellos. Desde las playas occidentales, atlánticas, de la Península ibérica, les era ya fácil acercarse a la Mauritania y llegar, costeando, hasta Carthago.

Con esta imprevista ayuda y con los elementos llegados de Macedonia, Hasdrúbal y Syphax se decidieron a dar la batalla a Scipio. Este, a su vez, pretendía lo mismo. Los carthagineses para acabar de recomponer sus huestes, y con el fin de elegir el lugar más apropiado para sus designios, se trasladaron al cabo de un mes a un lugar que Polybios y Appianós llaman Megala Pedía y Livio Campi Magni. Scipio se fue en su seguimiento dejando en Utica fuerzas suficientes para mantener el cerco. Al cabo de cinco días de camino—dice Polybios—llegó a Las Grandes Llanuras, frente al enemigo. Después de algunos tanteos en los que trascurrieron cuatro días más, ambas fuerzas se alinearon en disposición de combate. Según costumbre romana, Scipio desplegó en primera línea a sus hastati, en segunda a los principi y en la última a los triari; en el ala derecha puso a los jinetes itálicos y en la izquierda a los númidas que mandaba Massinissa. Por su parte, los púnicos de Hasdrúbal se desplegaron según este plan: «colocaron a los celtíberos en el centro, opuestos a las cohortes romanas; los númidas a la izquierda y los carthagineses en el ala derecha» (Pol. XIV 7, 9). El conjunto de las fuerzas púnicas, con los númidas de Syphax y los celtíberos, no pasaba de 30.000 hombres (Pol. XIV 7, 9).

Polybios narra así el encuentro: «al primer choque la caballería itálica arrolló a los númidas y Massinissa a los carthagineses, tropas desalentadas por las derrotas. Los celtíberos, llegados a las manos con las legiones romanas, «pelearon con valor» (ἐμάχοντο γενναίως), pues ni la ignorancia del terreno les dejaba recurso a la huida ni la perfidia que habían cometido al tomar las armas por los carthagineses en contra de los romanos, de quienes no habían recibido ofensa alguna durante las guerras de Scipio en Iberia, les dejaba esperanza de perdón si caían prisioneros. Pero, finalmente, en cuanto cedieron las alas fueron cercados por los principes y triari y pasados

todos a cuchillo, salvo unos pocos. Así perecieron —son palabras de Polybios, a quien seguimos— los celtíberos, después de haber hecho un gran servicio a los cartagineses, no sólo por que pelearon con valor, sino por que favorecieron su retirada, pues, de no haber hallado el obstáculo que pusieron a los romanos, éstos hubieran podido ir a su alcance inmediato y, sin duda, se hubieran salvado muy pocos. Pero el haberse detenido con ellos hizo que Syphax se pudiese retirar sin riesgo a su causa con la caballería y Hasdrúbal refugiarse en Carthago con los que se habían salvado» (Pol. XIV 8, 11 ss.). Así entendió Polybios, única fuente para este episodio, la participación de los celtíberos en la batalla de las Grandes Llanuras (10).

Añadamos como apéndice una noticia contenida en Frontinus (Strat. II 2, 10). Es de poca solvencia por su imprecisión, pero podría ponerse en esta coyuntura histórica. Dice: «Los iberos en Africa, al verse sorprendidos por una gran muchedumbre de enemigos, y ante el temor de verse rodeados por ellos, se fueron a un río de profundas aguas que cruzaba por aquella zona. Resguardadas sus espaldas por él, acometieron con denuedo a los enemigos y derrotaron a su ejército». Parece ser que el río ha de ser el Medjerda actual, es decir, el Bagradas. Pero es difícil aceptar lo del caudal del río en aquella estación.

Batalla de Zama (201).

La derrota de Las Grandes Llanuras repercutió en la capital cartaginesa de un modo pánico. Parte del Senado pretendió pactar con Scipio, otra continuar la guerra a toda costa y, para ello, fortificar las defensas de Carthago, directamente amenazada ahora, y enviar un urgente aviso a Mágon (entonces en Liguria), otro a Hanníbal, aún en el sur de Italia, encareciéndoles su inmediato regreso a Africa en socorro de la patria en vísperas de un irreparable desastre. Pese al estado de ánimo general, prevaleció el partido de la

(10) La justa localización de esta batalla es difícil y no hay acuerdo sobre su lugar exacto. KAHRSTEDT: *Gesch. der Carth.* III 551, 1 supone es imposible llegar a una precisión. Consúltese, sin embargo, Veith en la obra de KROMAYER, *Schlachtfelder* III 2, 589 ss. El problema aquí no nos interesa, pero para orientar al lector digamos sólo que debe de buscarse en el cauce del Medjerda, en Suk el Arba y Suk el Khemis (Gesll *Hist. Anc. Afr.*, III 230).

guerra a ultranza y se dispuso todo para defenderse hasta la llegada de Hannibal y Mágón. Haciéndose eco como era de esperar, de la angustia justificada de sus conciudadanos, Mágón regresó al punto y Hannibal, tras arreglar sus asuntos en el Bruttium, se dispuso a trasladarse a Africa con el grueso de su ejército. En consecuencia, en el invierno del año 203 al 202, después de levantar en el templo de Hera Lakinia de Króton la famosa inscripción broncea conocida en parte por Polybios, que la vio directamente, según ya subrayamos al comienzo de este estudio, se hace a la mar para fondear con sus tropas en las Syrtes menores, cerca de Leptis Minor y de Hadrumetum. En su ejército iba sin duda una parte, por lo menos, de aquellos contingentes iberos que tan bien habían luchado en los buenos tiempos, como en los malos.

Scipio, sin embargo, y contra lo que se temía en Carthago, no se decidió a poner sitio a la ciudad, sin duda por las mismas razones por las que Hannibal no osó cercar a Roma tras Cannae: falta suficiente de hombres para atender simultáneamente al cerco de una ciudad, cuyo recinto murado sumaba nada menos que 23 millas, es decir, unos 35 kilómetros, y para atender, al mismo tiempo, al ejército de Hannibal que, indefectiblemente, habría de llegar más tarde o más temprano. Ciudades más pequeñas, como Utica y Hippo Diarrhytus (Bizerta), se habían defendido bien, sin que el general romano hubiese logrado nada contra ellas, pese al prolongado e insistente cerco. Ante este embarazo, Scipio optó por trasladarse a Tynes (Túnez), alzando sus tiendas a la vista de la ciudad de Carthago, cuyas comunicaciones por tierra quedaban así cortadas.

Hannibal hizo acopio de fuerzas sacándolas de todos lados. Una vez formado su ejército, en lugar de partir en contra de Scipio, se dirigió en busca de su principal aliado, Massinissa, al que según parece (las referencias no son muy precisas) venció. Acto seguido levantó sus campamentos de Hadrumetum y, a marchas forzadas, se dirigió a Zama, al Oeste, a cinco jornadas de Carthago. La maniobra colocó a sus fuerzas en la retaguardia de Scipio que se vio obligado a retirarse a Utica buscando la protección de la costa y librando así a sus huestes de cualquier amenaza por la espalda. Todos estos movimientos se desarrollaron a lo largo del verano.

En el otoño del mismo año sale Scipio de sus bases para acercarse a Hannibal en Zama. Fue entonces cuando tuvo lugar la famosa entrevista personal de los dos grandes generales. La iniciativa

partió el jefe púnico y el lugar acordado fue —según Polybios— un campo llamado Márgaron. «Al día siguiente ambos generales salieron de sus respectivos campamentos acompañados de unos cuantos jinetes que, retirados luego, los dejaron en medio sin más acompañamiento que el intérprete que cada uno llevaba» (Pol. XV 6, 3) (11). No llegaron a un acuerdo. Scipio pedía mucho y Hannibal no estaba dispuesto a dar tanto. La batalla era ya el único modo de zanjar las diferencias.

«A la mañana siguiente, al despuntar el alba, uno y otro sacaron al campo sus huestes y las alinearon para batalla. Los carthagineses iban a luchar por su salvación y los asuntos de Libya; los romanos por el imperio y dominio del mundo» (Pol. XV 9, 1-3).

«Hannibal colocó delante de todo su ejército los elefantes, que eran más de ochenta; detrás situó a los mercenarios, que sumaban 12.000 hombres. Eran estos ligures, celtas, baleares y mauritanos; a espaldas de estos puso a los naturales del país, libyos y carthagineses y, detrás de todos, arredados a más de un stadio de distancia, los que habían venido con él de Italia. Reforzó sus alas con la caballería, la izquierda con la de los nómadas aliados y la derecha con los carthagineses» (Pol. XV 11, 1-3): Liv. XXX 33, 5; App. Lib. 49). El texto distingue bien entre los mercenarios traídos por Hannibal de Italia y los adquiridos recientemente. Entre estos figuran los baleares, que han de ser sin duda los jóvenes reclutados por Magon en el 206. Lo mismo cabe decir de los ligures que quizás viniesen también con Magon cuando estando éste en Liguria fue llamado como vimos a Africa. Que había también iberos es lógico deducirlo, ya que estaban con Hannibal en el Bruttium. Debían de formar con los que Hannibal colocó a unos 200 metros detrás de la segunda línea. Eran los veteranos y constituían la flor del ejército hannibálico en Zama. De hecho, además, son mencionados en la batalla más de una vez por Appianós (Lib. 40, 46, 47 y 48), según se verá oportunamente.

Vayamos ahora a Scipio (seguimos a Polybios también): «en primera línea puso a los hastati con intervalos entre manípulo y

(11) Polybios pone a continuación en boca de Hannibal un razonado discurso que, como de costumbre, es pura reconstrucción retórica. A las palabras sobrias y dignas de Hannibal contestó Scipio luego con otros razonamientos, escuetos y contundentes, también reconstrucción ficticia. Ello no quiere decir que el hilo de la conversación no fuese en lo sustancial el que Polybios reconstruye, pues poco más o menos hubieron de tratar de lo que Polybios pone en boca de ambos.

manípulo; después colocó a los príncipes, pero poniendo sus manípulos no cubriendo los intervalos dejados por los de la primera línea, como era costumbre de los romanos, sino a continuación unos de otros, con algún espacio entre ellos por razón del gran número de elefantes que tenía el enemigo; en última línea situó a los triari. En el ala izquierda mandada por C. Laelius, la caballería itálica y en la derecha a Massinissa con toda la númida. Los espacios dejados entre los primeros manípulos los llenó con otros de velites, a los que dio la orden de comenzar el combate, advirtiéndoles que en cuanto no pudiesen resistir el ímpetu de los elefantes se retirasen de modo que los más desembarazados, buscasen los intervalos directos hasta el final de toda la formación, y los más apremiados se metiesen por los intervalos transversales que a derecha e izquierda había entre los manípulos (Pol. XV 9, 7, ss. Liv. XXX 32, 5 y 33, 1 ss.).

Seguir ahora el desarrollo de la batalla sería salirse de nuestro propósito y alargar estas páginas. Se ha narrado, analizado y estudiado muchas veces en cualquiera de los libros clásicos, si no tanto como la de Cannae, sí después de ella. Subrayaremos aquí únicamente los episodios en que son nombrados o aludidos los estipendiarios españoles, como hemos hecho hasta ahora en casos similares.

Hannibal echó por delante sus ochenta elefantes. Número tan grande no se había conocido hasta entonces. En un tremendo asalto estas bestias, aturdidas quizás por las trompetas, bocinas y el griterío de tantos miles de hombres, volvieron enloquecidas contra los númidas que auxiliaban a los cartagineses. Massinissa aprovechó la confusión para cargar con su caballería y arrollar el ala izquierda púnica. Laelius, a su vez, y al mismo tiempo, arremetió contra el ala derecha haciéndola volver grupas. Con ésto los dos centros llegaron a las manos, entablándose un combate cuerpo a cuerpo, en el que los romanos, al no poder hacer uso de las lanzas y espadas, sufrieron mucho de los mercenarios cartagineses «que los superaban en agilidad y bravura» (τῇ μὲν εὐχερεία καὶ τόλμῃ προσίχον οἱ μισθοφόροι τὰς ἀρχάς) Pol. XV 13, 1). No obstante, los legionarios romanos iban ganando terreno porque no sólo conservaban la formación y recibían la ayuda de los que les seguían, sino porque los mercenarios iban desalentándose al no verse ayudados por nadie. Cansados y creyéndose abandonados definitivamente.

te por los suyos volvieron la espalda y, cayendo sobre los que iban a su zaga, mataron a muchos. «Tal contratiempo hizo perder la vida a un buen número de carthagineses que lucharon con valor por que, atacados por los mercenarios, tuvieron que defenderse a un tiempo y sin querer de los mismos suyos y de los romanos. Y como luchaban atónitos y fuera de sí, mataban a muchos de los suyos y a los contrarios. Este desorden se introdujo también en los manipulos de los hastati, pero no advertida la causa de tal confusión por los centuriones de los príncipes, opusieron sus manipulos, con cuyo refuerzo pereció la mayor parte de los mercenarios y de los carthagineses, unos a manos de los suyos mismos, y otros de los hastati. Los que se salvaron y pudieron salir del peligro no fueron recibidos por Hannibal ni les permitió que se incorporaran en sus líneas, antes bien, mandó a los de la primera fila que les presentasen las picas para no dejarlos acercarse, por lo que se vieron obligados a retirarse por los lados a campo libre» (Pol. XV 13; Liv. XXXIII 34, algo diferente).

Como el campo había quedado cubierto de cadáveres, Scipio mandó limpiar en lo posible los obstáculos a fin de poder lanzar sus príncipes y triarios contra las tropas selectas de los carthagineses. «Por ambas partes, el número, el espíritu, el denuedo y las armas eran iguales. El choque por ello fue al principio indeciso, muriendo cada cual tenazmente en su puesto. Pero al final volvieron oportunamente al campo los jinetes de Massinissa y Laelius, quienes, atacando por la espalda a Hannibal, pasaron a cuchillo a la mayor parte de los suyos en sus mismas filas. Entre los que pretendieron salvarse por sus pies, sólo unos pocos lo consiguieron, pues tenían encima la caballería y el terreno era llano y abiertos» (Pol. XV 14; Liv. XXX 35, algo diferente).

Así terminó la Segunda Guerra Púnica, la que por antonomasia se suele llamar también «hannibálica». Después de ésto Hannibal se pudo refugiar en Hadrumetum, de donde fue a Carthago a confesar ante el Senado que no sólo se veía vencido, sino que la causa estaba perdida ya irremisiblemente, aconsejando pedir la paz al vencedor. Con una perspectiva histórica de dos generaciones, Polybios, al finalizar esta narración, pudo decir muy justamente esta frase lapidaria: «Zama dio a los romanos el imperio universal» (XV 15, 1). Todo reconocen, empero, que, Hannibal había dispuesto sus huestes de un modo técnicamente perfecto, y que la desbandada de los ele-

fantes fue causa primordial en su derrota. La batalla de Zama debió de tener lugar hacia fines de octubre.

La corta referencia de Appianós ha sido acogida por ciertos críticos con desdén, probablemente injustificado. Cualquiera que sea la opinión que de ella se tenga, hemos de recoger aquí las citas que de los iberos hace. La primera (App. *Lib.* 40), se refiere a la cantidad y composición del ejército de Hannibal en Zama. Appianós da un total de 80 elefantes y 50.000 hombres, citando entre los estipendiarios a los honderos baleares, de los que no dice ya más. La segunda (App. *Lib.* 46), alude a un episodio del final de la batalla, cuando Hannibal, ya perdido, emprende la huida y se encuentra con ciertos iberos y celtas (galos cisalpinos), que huyen buscando su salvación personal. La tercera mención (App. *Lib.* 47), nos presenta a Hannibal, muy guardado por iberos y celtas, con ánimo de rehacer sus tropas y continuar la batalla, pero viéndose de nuevo derrotado por Scipio emprende una abierta retirada hacia una ciudad de nombre Thon, donde pretendía detenerse. Noticioso, empero, de que allí mismo habían llegado huyendo del desastre muchos jinetes iberos y brutios, temiendo a los primeros, que como bárbaros eran rápidos en la ejecución de sus designios, y a los segundos por su comportamiento con ellos en Italia y su afinidad con los romanos, emprendió de nuevo y sin demora la huida hacia Hadrumetum. La cuarta y última mención de Appianós (App. *Lib.* 48), se refiere al recuento de víctimas y prisioneros. Dice que los cartagineses perdieron 25.000 hombres y 8.500 cautivos. Además de ello 300 iberos y 800 nómadas que se pasaron al enemigo.